

colores, coronados por sus áureas tiaras relucientes de pedrería; en las primeras gradas las curias de senadores, las órdenes de vestales, el esplendor de la corte vestida para divertir el gusto público



Retiario ó gladiador de red

desnudos los más, cubiertos los otros de brillantísimas armaduras, éstos en carros, aquéllos acompañados por animales, armados todos con tridentes, puñales, dagas, hachas, espadas, según las diversas horribles suertes, y á una señal se atisban, animados por el mutuo instinto de la conservación, se husmean como tigres, para preser-

y realzar la majestad imperial; en todas las escaleras, cuyos escalones de mármoles varios adornados con filetes de oro resplandecían por extraordinaria suerte, la plebe romana, sola pocas veces, acompañada generalmente de tipos allegados en todas las conquistas y representantes de todos los pueblos; en lo último, como una corona de flores, las damas envueltas en gasas que dejaban adivinar sus bellezas materiales y abanicándose con plumajes que parecían al desplegar todos los colores del iris bandadas rarísimas de aves extrañas; en las arenas polvos de oro y minio, esparcidos para disimular la sangre, y en las alturas velos de seda rosa tendidos para teñir con sus arreboles y agraciarse aún más la hermosura; por el estadio las compañías de combatientes, samnitas, griegos, tracios, dálmatas, nubios, en actitudes bien diversas como legiones de animadas estatuas,

vase y defenderse como náufragos, agarrados á la vida más de aquello que tal vida merece, se enrabian y mugen cual toros alanceados, y heridos se buscan al fin como leones para matarse sin malquererse, y se golpean y se machacan y se hieren y se asesinan unos á otros, cayendo en montón los cuerpos que despiden sangre á torrentes y ofrecen el espectáculo de sus convulsas agonías y de sus horrosas muertes á un pueblo, á un Senado, á unos sacerdotes, á unas vestales, á un César, quienes los siguen con los ojos fuera de las órbitas, gozándose con sus penas, y los aplauden más á medida que se aumentan sus horribles actos de crueldad y de barbarie, agravados en la callada noche por la ferocidad atroz de los espoladores, cuyos brazos los llevan al espoliario, sin que acaben de morir, merced á lo cual muchos expiran sobre las tripas y los cadáveres de sus hermanos maldiciendo á Roma y al Imperio, maldición que oirá la Providencia y cumplirán los siglos cuando se abran las tierras de los inhumanos viveros y de las inhumanas cárceles, vomitando los bárbaros, que movidos por una sed insaciable de venganza, con las teas arrancadas á sus viejas encinas en las manos, queman el cadáver de la Ciudad Eterna, cadáver tendido por los errores y por los vicios de la tiranía en el mundo, y que, de no haberlo devorado la irrupción vengadora, pudriera con sus ponzoñosos miasmas la tierra y la conciencia. Sustituíd al Senado los gladiadores, al comicio el circo, al tribuno el cortesano, al orador el pantomimo, á la libertad el despotismo, á la república el César; y cuando creáis vuestro poder más fuerte y vuestro imperio más cierto, sucederá lo que á la Roma imperial, abriránse las orillas del Rhin y del Danubio, expidiendo los apocalípticos ángeles exterminadores que Dios tiene apercibidos en el cielo para castigar toda tiranía.

Cuántas y cuán terribles tentaciones aquella sociedad ofrecía de suyo á la nativa perversión de una mujer sensual, aumentada por lo excelso y lo extraordinario de su dignidad y de su rango. La cortesanía en todo tiempo ha impuesto relaciones peligrosas entre los sexos opuestos. La turba de aduladores, que circuían el cubículo y el tálamo de Julia, estaban allí para servirla, y no era mucho que aprovecharan estos servicios naturales para tentarla y para perderla. Una manada de gladiadores, en la cual se mezclan



con todos los extremos de la fuerza todos los atractivos del vicio, todo el horror trágico de la muerte, ¡qué gran escuela para la prostitución! Así Julia iba por las noches de una encrucijada en otra encrucijada, circuida por esta nube de aduladores, en busca de cuantos centros infernales podían despertar y mantener las más horribles emociones. Su corte de vicios, para buscar una emoción más, habíase convertido en cohorte de conspiradores. No contentos con haber acompañado á Julia en sus correrías por los barrios de las mujeres públicas, en sus visiteos al infame templo de Hércules y al ensayo de las fiestas celebradas por los gladiadores, á la tribuna de los Rostros á fin de violar con adulterios innumerables el sitio mismo donde se habían promulgado contra tal delito las leyes Julia y Papia Popea; para gozarse con toda suerte de peligrosos daños, gozábanse con las conspiraciones políticas. El suplicio de Tiberio desterrado, el horror sentido por este príncipe á su adúltera esposa, las insinuaciones pertinaces de Livia deslizándose con arte y con gradación sospechosas, y más sospechosas contra Julia, concluyeron por definitivamente perder á esta desgraciada. Cierta noche contrajo responsabilidad merecedora de la pena capital. Castigaban con este supremo castigo las leyes á quien osare coronar la estatua de Marsias. Era éste un sátiro de Frigia que, habiendo por casualidad encontrado la flauta de sí por Minerva ó Atenea lanzada, porque tocarla con sus labios y con sus dedos obligábale á gestos feísimos, desafió con este instrumento al dios Apolo, retándole descaradamente. ¡Crimen indecible desafiar un hombre al dios de los músicos en música porfía! Tocaron los dos, aceptado el certamen, y las musas decernieron el premio al dios. Y como el premio era que debiese hacer aquello mandado por el vencedor al vencido, impúsole Apolo á Marsias la obligación de cederle aquella flauta, y luego en castigo á su presunción lo despellejó, atándolo á un árbol. Coronar al presuntuoso Marsias era ofender al divino Apolo, y ofender al divino Apolo era injuriar al divino Augusto, su nieto y su devoto. Una corona puesta sobre la cabeza de Marsias equivalía, pues, á un desacato religioso que castigaban las leyes con pena de muerte. Ya no le quedaba ningún otro crimen que perpetrar, ningún otro peligro que correr á la viciosa y temeraria Julia. Cierta noche salió ella con sus mancebos, y citando en el Foro á las

prostitutas más desenfrenadas y á los jóvenes más perdidos de la Ciudad Eterna, danzaron danzas lúbricas en torno del sátiro y le pusieron los prohibidos laureles. La policía romana olvidó quitarla en el amanecer, bien por descuido propio, bien por complicidad secreta con los criminales, y apareció la estatua con su guirnalda escandalizando á Roma entera. Todos quisieron saber los reos, todos los copartícipes del supremo poder, y una persona solamente los conocía. Esta persona era Livia, quien, desde la proscripción infligida por Augusto á Tiberio, perseguía tenazmente á Julia y enviaba espías y esbirros en seguimiento suyo, celándole todos los pasos. El espionaje se organizó muy sabiamente. Aquel escándalo debió presentar á la sagaz esposa de Augusto el medio de soltar sus odios y herir de muerte á su nuera. Comprendiendo la naturaleza de Augusto, mezcló con todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra las costumbres todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra el Imperio. La terrible acusación cayó sobre los reos como una especie de rayo, que vino á sorprenderlos, á herirlos, á matarlos, cuando se creían más en posesión de su poder y estaban más ciertos y seguros de su fuerza.

Augusto era un padre ciego; no veía cuanto delataban los menores actos de su hija. El hado le colmó de favores tan extraordinarios y numerosos, que no podía creer ni sospechar siquiera una desgracia. Muy clara debió la terrible acusación aparecer á su vista, cuando tan furioso llegó á revolverse contra la ingrata Julia, en cuyo seno encerraba todas sus esperanzas de sucesión y á cuya castidad libró todos los títulos de legitimidad y de pureza que debía invocar para un dominio perpetuo y para un trono hereditario su gloriosa dinastía. El Oriente con todos los prestigios que brillan en sus altares y en sus templos, el Occidente con todos sus jóvenes é indómitos pueblos, el Senado y sus prerrogativas, la nobleza y sus privilegios, la plebe y sus derechos habíansele dócilmente sometido, y se le sublevaban tan sólo en los comienzos de su vejez las desordenadas pasiones de su hija. Augusto creyó morir suicida ó volverse loco al conocimiento de su deshonra. En raptó de ciega demencia cogió un puñal para inmolar á la perversa. Pero temió enaltecerla y honrarla dándole muerte con su propia mano. El terror se dilató en la familia y domesticidad íntima de los césares



con fuerza y celeridad tan grandes al saber la cólera imperial, que Febea, esclava de Julia, se ahorcó, buscando en muerte anticipada un alivio á tormentos presentidos y previstos. «Febea, dijo Augusto, debió ser hija mía.» Penetrado el emperador de que sus actos de familia interesan á Roma como pudieran interesarle trascendentales actos de su política y de su gobernación, solemnemente da parte al Senado y al pueblo de todo lo acaecido. La carta de participación tiene detalles de los escándalos y de los crímenes en su verdad y en su desnudez desgarradoras. De todas las informaciones abiertas y de todas las reseñas aprendidas conclúfase una confabulación para forzar á la muerte y heredarlo antes de tiempo. La juventud más brillante de Roma quedó comprometida en el funesto caso. Unos jóvenes salieron para las proscripciones, otros para el cadalso. Oíanse resonar en el proceso los nombres más litúrgicos de la más antigua y mejor aristocracia romana. Quintos, Crispinos, Appios, Claudios, Gracos, Escipiones quedaron heridos. El favorito Sempronio tuvo que desterrarse al Africa. Un hijo de Antonio y de Fulvia, honrado con toda suerte de distinciones y de cargos, tuvo que matarse. La plebe, á pesar de los crímenes y escándalos conocidos y divulgados, intercedió por Julia. «Cuando mal os quiera, les respondió el emperador, os desearé mujer é hijas como ella, con lo cual aprenderéis mi dolor y apreciaréis mi proceder.» Julia salió como una criminal de la casa donde había nacido como una diosa. En obscura noche, á sus altas horas, un grupo de soldados la conducía lejos de Roma en litera más triste que la mortaja de un mendigo. La esponjosa isla Pandataria, verdadero presidio, sin agua, sin vegetación, le sirvió de asilo. Las costas de Campania tan rientes, el hermosísimo golfo de Gaeta, las azules ondas tirrenas aumentaban la desnudez y tristeza de aquellas lavas frías y estériles donde la enterraron. Julia no sintió los arrebatos de Porcia por su república ni de Cleopatra por su imperio. La idea del suicidio no cruzó por su mente ni los propósitos por su voluntad. Pero el paso de su mansión imperial en el Palatino á la isla Pandataria en el Tirreno, la publicidad escandalosísima de su deshonor, el contraste horroroso entre aquellos lugares de su destierro y los espléndidos lugares de su fortuna, la privación de todo placer, la soledad tras aquellas voluptuosas compañías de alegres

epicúreos, el diálogo perpetuo con su madre la vieja Escribonia que no la dejó un punto, la falta y ausencia de toda libertad, la muerte de toda esperanza, el abandono sucediendo al poder omnímodo, la consideración de haber bajado desde primera en el mundo á última, torturáronla en términos que la prolongación de su vida resultó al fin y al cabo la prolongación de su castigo y de su infierno. Alguna vez pasaba un relámpago de ilusión por aquella espesísima noche. Antiguos devotos suyos conspiraban á una en su pro con tenacidad sin ejemplo. Pero estas devociones conocíanse tan sólo en lo mucho que aumentaban los torcedores de su prisión y las privaciones de su agonía. Quince largos años pasó así; toda una eternidad seguramente de torcedores y de penas. Murió su padre, y esta muerte acabó con todas sus esperanzas. El implacable César la mentaba en el testamento para decir tan sólo que prohibía el ingreso de la cenizas de Julia en su panteón. Trasladáronla desde su islote á Regio para mejor guardarla, recluyéndola en una fortaleza. Muerto su padre, queda por completo al arbitrio de su rencoroso marido y de su implacable suegra. Durante los años que pasan entre la exaltación de Tiberio y su muerte, Julia sólo recibe golpes mortales. A los pocos meses del nuevo reinado muere Lucio César, su segundogénito, en Marsella, de camino á España. A los dieciocho meses de muerto el segundogénito, muere allá en Licia el primogénito. Poco después acusan al postrero de sus hijos, al incontinente Agripa, de urdir con Julia su hermana y con Ovidio su poeta la fuga de su madre. Los tres fueron desterrados. Después el marido quita sin piedad la pobre pensión dada por Augusto á Julia, y ¡parece imposible! la hija y la esposa de dos césares muere á la miseria y al hambre. Julia transmitió á su nieta, la madre de Nerón, toda su sensibilidad.

Pero las ambiciones le fueron transmitidas por Livia, su abuela por el lado paterno, como Julia por el materno. Perteneía Livia de suyo á la familia preclara de los Claudios y estuvo en matrimonio unida con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la tomó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada y hasta en su embarazo adelantadísima. El padre recibió su hijo tres meses después de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecía.



En cuanto Livia llegó á la casa imperial, constituyóse oráculo político del emperador. Así, copiaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo, por consiguiente, siempre de lana, é hilando con sus propios dedos los vestidos de su esposo. Ni el lujo podía seducir ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de las más desapoderadas ambiciones. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, parecía indigno de su rango. Los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus pies sin tocar jamás en aquella su frente, coronada, como las alturas del planeta, por los hielos eternos. Fría é indiferente á todas las seducciones de los sentidos, inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que su propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades varias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos acompañaban al amor, y en su corazón empedernido, cerrado á todo fuego, sólo se deslizaban, como frías serpientes, los recelos de la ambición. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta: he ahí el blanco de todos sus deseos. Perteneía tan sólo á su tierno sexo en lo flexible para componerse con las circunstancias y en lo paciente para esperar su hora. Escondía las garras en las preseas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podía sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulises con faldas la llamaba uno de sus nietos. Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posición difícilísima, hasta completamente apoderarse de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero también disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, compitiendo en ella la audacia de los fines con la hipocresía de los medios y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparación empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de París encontraréis medallas ó bustos ó estatuas que la representen; y en

todas esas efigies podéis admirar su cabellera ondulada y su peinado majestuoso; la fría impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; los ojos, aunque algo saltones, de prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única facción que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos y la boca cerrada firmemente, cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la apostura gallarda é imperiosa como todos los habitados á ejercer de antiguo la dominación sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversión irremediable: una euménide, roncando sordamente bajo la fría y marmórea majestad de una diosa. Campean, sobre todo, en aquel rostro facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su carácter implacable; los labios delgados y contraídos, antes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de las hienas abreviado; la barba muy ancha, cuya grande amplitud es una firme base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmeza. ¡Oh! La mujer está destinada de suyo á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de nuestra existencia; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la mente; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; curar con afectos tiernos su corazón, despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambición sin límites al estrecho, pero venturoso nido del hogar; tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de las desapoderadas ambiciones y del omnipotente poder. Ese pecho jamás se abrirá fácilmente á la frialdad de la razón de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso forman otros tantos círculos, donde su natural se engarza como en su centro de gravedad. Mas, por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan delicada, cuando la triste ambición se desliza en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más



impetuoso, más vehemente que la ambición de los hombres. El amor, para que ha nacido, se pierde, y toman los anhelos de poder y de dominación toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna pintó en lady Macbeth los excesos de la ambición desesperada y fría. Tal era Livia. Sin mandar no concebía la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habían hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalía en el fondo á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebía el sepulcro. Mientras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio y de asegurar, por tanto, la propia fortuna. Pero, muerto Augusto, los sucesores la condenarían al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizás á la muerte. Mientras esperó sucesión, esperó también que el hijo de la mujer más amada en el hogar sería el adoptado y preferido para el imperio, pues todos cuantos ejercen la tiranía de cerca ó de lejos saben muy bien cómo intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imagen y semejanza en guisa de dioses. Pero cuando pasaron los años, vino la vejez y desvanecieron las esperanzas de sucesión directa, Livia sólo tuvo entonces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, Tiberio; y para realizar este pensamiento, sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre y lo veréis convertido en bestia.

Pero, no pudiendo tolerar Tiberio la tiranía de su madre, dejó abandonada la Ciudad Eterna y se fué presuroso á su isla. Desde tal resolución reinó Livia como emperatriz absoluta en Roma, sin necesidad de mirar ni á la cara de su esposo ya muerto, ni á la cara de su hijo ya por completo desterrado. El Imperio no tenía para ella secretos, como la conciencia no tenía en ella escrúpulos. Consagrada muy de antiguo á mandar, ningún otro pensamiento ocupaba su inteligencia, ninguna otra pasión su pecho. Creída de que ella era la salud del mundo, creía también justo cuanto á conservar la se dirigiera. El destierro á lejanas tierras, la reclusión perpetua en obscuras cárceles, la muerte ó por los esbirros oficiales ó por los asesinatos domésticos, el veneno en las entrañas y la calumnia en

las almas, todo contra sus enemigos le era igual, si conspiraba de cualquier modo al fin deseado, á la conservación y robustecimiento de su poder y de su fuerza. Lo que más tenía sobre el alma era la necesidad de divertir al pueblo de los graves pensamientos políticos para sumirlo en las alegres y continuas fiestas orgiásticas. Así lo apartaba de los ejercicios del alma y lo entregaba á las voluptuosidades del cuerpo. Con esto tenía á su arbitrio ánimos apocados y naturalezas pervertidas sin cuento, donde arraigar con más vigor su despotismo, fino en la apariencia como de astuta hembra, y en realidad cruelísimo é implacable, porque aquella hembra era fría como una horrible Parca. A los setenta años, la varonil mujer, sin que la pesadumbre de su edad le abrumase las espaldas, ni los remordimientos le abrumasen el alma, sosteníase muy entera y erguida, superior á todos los trabajos, como pendiente de una idea cuya fuerza de atracción era inmensa, como pendiente del convencimiento que tenía de presidir por su genio á la suprema dirección del mundo y de llevarlo con esta dirección inteligente á seguro puerto. Así, cuando su hijo le rogaba que volviese á la vida privada, que se recluyera en su palacio, mirábalo con la mirada de las aves rapaces ó de las bestias carniceras. Y reunía los magistrados, los poetas, los senadores, los patricios, los caballeros, á fin de lanzar agudos dardos á la persona de Tiberio en público y recordar indirectamente que Livia lo había engendrado, parido, criado, puesto en el trono, moviendo á su favor el ánimo de Augusto, siempre inclinado á detestarlo, libertándole de sus innumerables competidores y rivales en la familia imperial, llamándolo á la cabecera de su antecesor en el instante supremo y único de recoger la herencia. El desacato llegó tan lejos, que se compusieron versos en la tertulia de Livia, diciendo á Tiberio que, general, se embriagaba de vino, y emperador, se embriagaba de sangre.

Cuando el emperador recibía los periódicos de Roma y echaba una ojeada sobre los contertulios de la emperatriz, pomposamente anunciados entre las más curiosas noticias, ya sabía que allí le reservaban una oposición implacable, parapetados sus enemigos tras la majestad de su madre. El senador se quejaba de que, siendo su dignidad más antigua que la dignidad de César, fuese también más despreciada; el tribuno se dolía de que, teniendo un veto para